

Cosmovisión indígena: la mirada de Weitlaner

Presentación

Como sistema de pensamiento elaborado por un pueblo día tras día y a lo largo de cientos de años, la cosmovisión es una sólida guía de la que se vale cada uno de sus integrantes para determinar su lugar en el mundo. Así también les resulta útil para considerar si sus pautas de comportamiento se encuentran en concordancia o no con los valores, costumbres, tradiciones y la moral colectiva así expresada. Se trata de una manera peculiar de conocer y plasmar el mundo (López Austin, 2001: 24-35).

Los relatos en que se involucran hechos de la vida cotidiana con algunos de los seres sobrenaturales sirven como ejemplo para determinar el orden del universo, así como lo bueno y lo malo, lo permitido y aquello que transgrede la convivencia cotidiana, ya sea la establecida entre los seres humanos o bien la que les permite entrar en relación con la naturaleza, con lo sobrenatural o con la divinidad.

Las fuerzas imperceptibles y ocultas en los seres de la naturaleza constituyen el motivo para aplicar la sabiduría de los “mayores” (fotografía 2),* los cuales han sabido descubrir sus secretos y por lo tanto son los únicos que se pueden encargar de transmitirlos y hacerlos del conocimiento de los integrantes de las nuevas generaciones (fotografía 3), de modo que les sirvan de prontuario en la adquisición de la experiencia necesaria y se preparen para formar parte del “mundo” adulto, sin entrar en conflictos ni transgresiones que les acarreen consecuencias funestas en el rutinario y a la vez fantástico desarrollo de su vida diaria, que por necesidad exige la armonía con todos sus mundos. De allí la perenne necesidad de contar con una cosmovisión, siempre compartida, siempre debatida y siempre utilizada por el individuo como garante en sus decisiones más personales.

En los pueblos ágrafos, como el caso que nos ocupa, de los chinantecos, las percepciones sobre el mundo –la cosmovisión– se han edificado con base en una larga y casi interminable cadena de personas que no sólo las han compilado por medio de la trasmisión oral, sino también elaborado, constatado, propagado y entregado en su momento de manera verbal a la descendencia, con el encargo de mantenerla viva y renovada, respondiendo a los desafíos que cada época vaya trazando. No obstante que la confección de estas creencias implica centurias, siempre se encuentran inacabadas, a la espera de nuevas entregas con base en las experiencias que los

* Las fotografías y planos aludidos se encuentran distribuidos a lo largo de esta introducción y continúan en el *dossier* que conforma el texto principal de esta entrega de *Expediente* (N. de los E.).



Fotografía 1 Roberto Weitlaner al lado de su hija Irmgard en el Santo Desierto de Tenancingo, Estado de México, 1932 **Imagen** Autor no identificado, FW 475

miembros noveles le ofrenden conforme van aprendiendo y envejeciendo (fotografía 4).

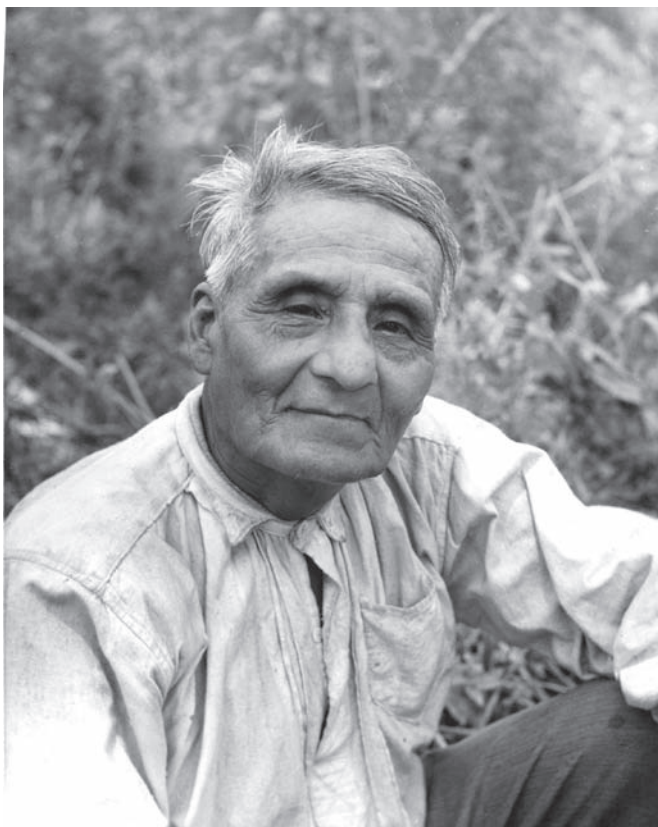
La información desplegada aquí también será útil como punto de referencia para conocer cómo se ha ido transformando la cosmovisión de los chinantecos: cómo ha cambiado su visión del mundo con el paso de los últimos 70 años.

Los relatos que se presentan corresponden a la comunidad de San José Chiltepec, un poblado de la Chinantla (plano 1), área intensamente estudiada por Roberto Julio Weitlaner (fotografía 5). Estos relatos poseen un gran valor cultural, pues se produjeron como parte de la cosmovisión que da sentido a la vida cotidiana en una época determinada y que han pasado de generación en generación como un segmento de la memoria y del conocimiento colectivos mediante la tradición oral (fotografía 6).

Weitlaner se caracterizó por su disciplina, su constancia, su interés y, en particular, por su empeño pertinaz en conocer cuantos elementos le resultara posible de las culturas indígenas de México. Por lo tanto, se ocupó de casi todos los grupos y campos de la antropología, que resultó en una labor profesional muy fecunda.

Weitlaner nació en la ciudad de Steyr, en Alta Austria, el 28 de abril de 1883. Sus padres fueron el ingeniero Julio Weitlaner y la maestra Teresa Pillinger. El joven Roberto siempre se distinguió por ser un estudiante dedicado y aficionado a la lectura de obras sobre los indios de América. Sus estudios iniciales fueron de botánica, astronomía y mineralogía, y posteriormente la carrera de ingeniero metalúrgico, de la cual se tituló en 1908 y ejerció su profesión por primera vez en una compañía fundidora cerca de Leoben, Austria. Tras dos años viajó a Estados Unidos, contratado por la Carnegie Steel Company, en Pensilvania, donde combinaba su trabajo con visitas constantes a una reservación india cercana, donde tomó extensas notas sobre la vida y la cultura de iroqueses, tucscaroras y sénécas. Asimismo conoció a valiosos estudiosos de la cultura, como Franz Boas, Frank Speck y John Alden Mason, quienes lo guiaron y mostraron interés en el trabajo de quien también realizaría estudios como etnólogo y lingüista.

En 1922 Weitlaner se trasladó a México para trabajar como ingeniero metalurgista para la compañía "Consolidada". Desde su llegada se relacionó con las personalidades



Fotografía 2 Anciano de la región de Chiltepec **Imagen** Howard Brunson, ca. 1950, FW 2683

del mundo intelectual y se ocupó en el estudio de la lingüística con Pablo González Casanova y de la arqueología con Hermann Beyer. Entabló una estrecha amistad con Eduardo Noguera, Alfonso Caso y Zelia Nuttall, entre otros. Dentro de la docencia impartió cursos de metalurgia en la Escuela Superior de Ingenieros Mecánicos Electricistas, dio clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y por más de 25 años se desempeñó en las cátedras de lenguas otomianas, lingüística y etnología moderna de México y Centro América en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Además impartió clases en el Mexico City College y en la Universidad Iberoamericana. En 1940 ingresó al Departamento de Investigaciones Antropológicas del INAH, hoy Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS) del mismo instituto, donde dejó una parte de su legado académico, que incluye archivos de trabajo y fotográficos. Fue socio fundador de la Sociedad Alemana-Mexicanista y perteneció a la Sociedad Mexicana de Antropología, así como al Consejo de Lenguas Indígenas, además de académico titular de la Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate.

A partir del año de 1940 realizó exploraciones en el estado de Guerrero y recorrió la región chinanteca de Chiltepec, Ojtlán y Usila acompañado de Robert H. Barlow. Hizo ex-

ploraciones a las áreas de los mixes, mazatecos, cuicatecos, zapotecos y chocho-popolucas. Sin embargo, durante muchos años enfocó sus estudios en la zona chinanteca, de la cual estaba enamorado: tal fue su predilección por esa zona, que sus colegas decían que era el único chinanteco nacido en Austria.

Weitlaner gustaba de llevar alumnos a sus expediciones, con el objetivo de que los jóvenes practicaran un trabajo de campo dirigido tanto en la arqueología como en la lingüística y la etnografía. En cuantos lugares visitaba adquiría objetos etnográficos para los museos. Su constante participación en el Congreso Internacional de Americanistas fue muy activa y siempre estuvo presente en reuniones científicas, mesas redondas y seminarios. Debido a su “don de gentes” atendía las visitas de los colegas, etnólogos y lingüistas extranjeros que llegaban en busca de consejo y orientación. Su extensa bibliografía se compone de multitud de artículos y de monografías publicados en el *Handbook of Middle American Indians*, así como en los *Anales* y *Boletines* del INAH, además de varios guiones para el Museo Nacional de Antropología, del que en 1961 fue nombrado asesor para su instalación.

En suma, el ingeniero metalurgista se convirtió, primero por afición y luego por preparación, en etnólogo, lingüista, arqueólogo, dibujante y fotógrafo. Además, durante sus temporadas de campo aprovechó sus amplios conocimientos en astronomía, botánica y zoología para completar sus reportes y artículos. Weitlaner obtuvo la ciudadanía mexicana en 1941. A los 85 años de edad el trabajo de este incansable investigador se vio interrumpido por su muerte, acaecida el 23 de julio de 1968.

Los relatos que aquí se presentan fueron recogidos directamente por el profesor Weitlaner en la lengua chinanteca y de informantes indios (fotografía 7). Por lo tanto, forman parte del patrimonio verbal de ese pueblo y una porción de la cultura erigida por la tradición oral. No obstante que sus elementos básicos pertenecen a los pueblos indígenas, algunos de ellos presentan aspectos tomados de la cultura occidental, pero adaptados a la visión del mundo de aquellos. Un par de ejemplos al respecto los encontramos en dos de los cuentos transcritos aquí: “El rey y el oso blanco” y la historia de “Blanca Flor”.

La descripción del territorio que aquí se presenta fue asimismo realizada por Weitlaner. Para este trabajo se utilizó el lote de manuscritos que conservaba en su poder la maestra Irmgard Weitlaner, hija de Roberto J. Weitlaner, y que en 1977 donó a la Biblioteca Miguel de Othón de Men-

dizábal de la DEAS. Esa documentación contiene cuadernos de trabajo de campo, informes, fichas, mapas y fotografías, en cuyo conjunto se describe gran parte del trabajo etnográfico realizado por Weitlaner en San José Chiltepec, Oaxaca, y donde encontramos también relatos y cuentos que no habían sido publicados en un primer volumen sobre este territorio, editado hace cuatro décadas por el Instituto Nacional Indigenista (Molinari *et al.*, 1972). Una vez organizadas y catalogadas, todas esas notas desconocidas sobre Chiltepec han pasado a formar parte del llamado Fondo Especial Roberto J. Weitlaner (Molinari y Aguilar, 2000: 51-61).

Es conveniente recordar que en 1977 se publicó el libro *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla* (Molinari *et al.*, 1972), producto de un laborioso rastreo en los documentos de trabajo legados por el maestro Roberto Julio Weitlaner a su muerte (Molinari *et al.*, 1995). Él fue un incansable trabajador de campo (fotografía 8), un hombre caracterizado por su disciplina, su constancia, sensibilidad y empeño en conocer todos los elementos de la cultura indígena. Gracias a su trabajo como lingüista dominó esa porción de la cultura constituida por el extraordinario hábito oral con que se encuentra dotada toda la especie humana. Tal herramienta le permitió penetrar en la cosmovisión del mundo indígena.

Durante sus estancias con los diferentes grupos indígenas se dedicó a conocerlos. Escuchaba pacientemente, de los labios de sus relatores, un folclore expresado en el género narrativo y que gracias a sus notas, con el lento paso del tiempo, se ha convertido en una forma de supervivencia cultural (fotografía 9). Intentar hacer una relación, aunque sea breve, de su fecunda labor profesional resulta una tarea sin duda ardua, pues su bibliografía es muy extensa, sustentada además por una gran cantidad de materiales inéditos que hoy se conservan, como ya se indicó, en un fondo especial de la biblioteca de la DEAS.¹

Como científico, Weitlaner se interesó en la totalidad de la cultura, de modo que empezó a estudiar en las regiones donde se hablan idiomas de la familia otomiana –otomí, mazahua, ocuilteco, matlazinca, pame y chichimeco–, tiempo que consagró a obtener innumerables vocabularios sobre tales lenguas. Más tarde inició sus exploraciones en el área chinanteca y en las regiones vecinas, como la de los mixes, mazatecos, cuicatecos, zapotecos y la de los chocho-popolucas. Penetró en lugares a donde no se podía

llegar con vehículos de tracción, caminos sólo accesibles a lomo de bestia, ya fueran caballos o mulas (fotografía 10). Así fue como estudió toda la zona chinanteca, donde, como señalaba la maestra Dahlgren, “Weitlaner encontró su Tlalocan”. Enamorado de la región, la visitaba con frecuencia, y de algún modo no sólo se convirtió en un indagador de su cosmovisión, sino también en parte de ella. Como hombre blanco, fuerte, de porte europeo, una vez fue confundido por un niño con un “sobrenatural del agua”.² Tal fue su predilección por esa comarca que sus colegas lo llamaban *el Cacique de la Chinantla* o “el único chinanteco nacido en Austria” (fotografía 11).

A lo largo de sus numerosas temporadas en campo recopiló una amplia información sobre la flora silvestre, plantas cultivadas y medicinales (fotografía 12), así como muchos datos sobre la fauna de la región. Además, reconoció infinidad de zonas arqueológicas hasta entonces perdidas en parajes inaccesibles. Como era un buen dibujante, le resultó fácil mostrar de manera gráfica las trampas más usadas por los chinantecos en sus faenas de la cacería del tigre, del venado, del anteburro y del jabalí. Asimismo realizó dibujos de un instrumento muy antiguo, que en 1940 todavía se usaba en Chiltepec: el “arco musical” (fotografía 13).

Weitlaner ilustra con verdadera atención y detalle el proceso de la manufactura de piezas de la alfarería, así como los elementos constructivos de la morada chinanteca (fotografía 14). Su archivo fotográfico (Molinari y Aguilar, 2009) conserva una gran cantidad de imágenes invaluable para la etnología, las cuales muestran la indumentaria femenina como un verdadero arte en bordados, en la actualidad casi perdido: huipiles cuyos diseños labrados simbolizan, por ejemplo, un águila con dos cabezas, gavilanes, pájaros y mariposas; otros con motivos geométricos de grecas, zigzags y rombos, así como flores estilizadas. En conjunto, joyas del bordado que hoy en día ya no se confeccionan y que Weitlaner, con su cámara, rescató de este antiguo arte (fotografías 15-16).

**María Sara Molinari
José Íñigo Aguilar Medina**

² En la mitología nahua, el Tlalocan era el paraíso presidido por Tlaloc, dios de la lluvia, donde habitaba en compañía de otras deidades relacionadas con él, llamados tlalocas. Así, la maestra se refería a que Weitlaner había encontrado su paraíso y que su lugar estaba entre los tlalocas, pues en esa zona se le confundió con un ser sobrenatural del agua.

¹ Situada en avenida San Jerónimo 880, colonia San Jerónimo Lídice, México, Distrito Federal.